

La “suite” femenina de Moreno-Durán o el dismantelamiento de los poderes masculinos

Fernando Cruz Kronfly / Universidad del Valle

Resumen

Mediante un lenguaje literario lleno de ironía, estilo, lucidez, lúdica verbal, Moreno-Durán pone en evidencia su “mirada del mundo” sobre lo femenino tanto en sus juegos de poder como en su complejo vínculo con lo masculino. El núcleo fuerte de esa mirada se concentra en su trilogía narrativa *Femina suite*, donde se nos presenta el proceso de reducción de la otredad masculina por parte del Yo de las mujeres pertenecientes a cierto círculo social, que buscan afirmar su Yo sobre los hombres dismantelados de sus poderes. Estos hombres sirven de escalera para el ascenso de las mujeres a la gloria: de Meninas a Mandarinas y de Mandarinas a Matriarcas. Para este ascenso, las mujeres, pensatrices calculadoras instaladas en la liquidez del vínculo amoroso, han debido cumplir el método expuesto por lo que será el conjunto de lágrimas que brotan de la herida narcisista masculina: la “teoría de la coñocracia”.

Palabras clave: Moreno-Durán, pensatriz calculadora, seducción, ascenso social, amor líquido, “teoría de la coñocracia”.

Abstract

Through a stylized yet lucid literary language replete with irony and verbal play, Moreno-Durán places into evidence his particular “worldview”, his take on the feminine, both its games of power and its complex relationship with the masculine. The very center of this worldview may be found in the narrative trilogy *Femina suite*, in which women belonging to certain social circles look to assert the “I” in a process that strip men of their powers, reducing them to the otherness of their masculinity. These men become mere steppingstones for women to use as they climb to glory: Meninas or ladies in waiting become mandarins, and mandarins become matriarchs. In order to achieve their ascent, these calculating women, securely installed in the liquidity of sexual union itself, have had to put into effect the method articulated by what will become, as a whole, the tears that sprout from the narcissistic male wound: “the theory of cuntocracy”.

Key words: Moreno-Durán, calculating women, seduction, social climbing, liquid sexuality, “theory of cuntocracy”.

Introducción

Conocí a R.H. Moreno-Durán el mismo día que puso en mis manos la primuera edición de *Juego de damas* (1977). El libro venía acompañado de una dedicatoria neutra que no es del caso transcribir, donde auguraba, sin embargo, una larga amistad. Esto se cumplió. Estábamos por entonces muy jóvenes y Rafael Humberto había llegado de España a darse una rápida vuelta “por acá”. Medió en esta aproximación nuestro común amigo, el escritor Darío Ruiz Gómez, de Medellín. Durante la

tertulia, que se extendió hasta el amanecer, de labios de Rafael Humberto iban brotando de manera tan natural como fluida, constantes improvisaciones que colgaban de juegos de palabras absolutamente inteligentes e ironías finas intercaladas, todo ello suficiente para hacernos saber, de entrada, que el interlocutor que teníamos por delante había decidido instalarse por siempre en una especie de “suite” verbal, lúcida y lúdica, que terminó por adoptarlo a él mismo como su natural patria. En vivo, Moreno-Durán era una auténtica fiesta. El lenguaje y el estilo fueron su mundo, su tejido. Las anécdotas y las historias por él contadas a lo largo de su obra narrativa fueron, a mi parecer, pretextos para poner en movimiento su frenesí verbal.

La literatura colombiana, hasta entonces, no conocía esta desmesura. Tampoco, por esto mismo, reconocía el valor inmenso de la levedad como opción narrativa, sustentada en el puro estilo, la ironía y la lúdica verbal. Todo entre nosotros intentaba ser “profundo”, “serio”, “fundamental” y “solemne”, a pesar de que la vida cotidiana real no es más que levedad, azar y casualidad. El humor y la risa no habían encontrado espacio digno en la narrativa nacional, que insistía en vestirse siempre de negro y con corbata. Luis Carlos López había sido una planta rara, exótica, considerado el poeta por muchos “poco serio” y nada “sustancial”.

Pero la obra de Moreno-Durán no se reduce al humor y al juego de palabras sólo en su dimensión leve y liviana, sino que va mucho más allá en términos de la inteligencia y lucidez de esos juegos para volverlos cultos. Y, además, para volverlos críticos, demolidores, penetrantes. Pues, lo que estos juegos e ironías logran, finalmente, no es otra cosa que el desvelamiento absoluto y la puesta en evidencia de las verdaderas y reales lógicas que gobiernan el complejo vínculo entre hombres y mujeres en relación. Así como la manera como “ciertas mujeres en ciertos círculos” usan el cálculo en su afán moderno de ascenso al poder social, cálculo al que terminan por asociar, como instrumentos eficaces, los encantos de su cuerpo. La cultura moderna y, mucho más la contemporánea, al convertir el cuerpo humano en objeto de culto estético, ha tentado a lo femenino a valer casi sólo por el cuerpo y todos sus poderes derivados. Entonces se hace visible la lógica que Moreno-Durán denomina “coñocracia”. Descifrar lo femenino en relación, fue la obsesión del autor nacido en Tunja. Pero no mediante la infiltración del género del ensayo y de trazas explicativas en su obra narrativa, sino mediante los juegos del lenguaje y la ironía, para a través de estos recursos eminentemente literarios, poner en evidencia el mundo real humano que condensa en ciertos círculos sociales, donde lo femenino pone en marcha toda su capacidad de cálculo en las relaciones de poder puestas en el asador. Despliegue irónico, regusto en el estilo, frenesí verbal, delicadeza culta, todo esto en reunión. La narrativa colombiana no conocía hasta entonces esta concepción de mundo.

Pero Moreno-Durán, una vez que su obra fue madurando y haciéndose pública y visible, empeño en el que el autor puso mucho de su parte en cuanto sutil propagandista de sí mismo, empezó a ser visto por las mujeres como un furioso misógino. Lo acusaban de propagar el machismo y de burlarse de lo femenino, a todo lo cual él respondía con más humor y juegos de palabras inteligentes que a la vez que dejaban desarmadas a sus críticas, de igual manera acrecentaba sus furias. Y todo esto, debido a su “teoría” de la “coñocracia”, expuesta, desarrollada e incluso probada en su trilogía *Femina suite* (1997)¹, “teoría” cuya sólo mención puso más de una vez en punta los pelos de los antebrazos de sus opositoras.

Aunque la obra total de R.H. Moreno-Durán se extiende mucho más allá de la trilogía novelística que es *Femina suite*, considero que en dicha trilogía se encuentra concentrado el núcleo fuerte de lo que podríamos denominar la “mirada al mundo” del autor, su “punto de vista” sobre lo femenino en los altos círculos y la relación de poder entre los géneros. De hecho, *Femina suite* no se agota en *Finale capriccioso con Madonna* (1983) tercera novela de la trilogía, en cuanto se prolonga, y de qué manera, en *Metropolitanas* (1986) y en *Pandora* (2000). Esto ocurre, precisamente, porque el “núcleo fuerte” del imaginario literario y humano, personal, de Moreno-Durán, fue la **puesta en evidencia** de lo femenino en sus juegos de poder, en ciertos ámbitos sociales del arte y la política. Tuve la convicción, derivada de las muchas conversaciones de horas que sostuve con Rafael Humberto, que la mujer fue siempre su “objeto” narrativo y, de paso, de fijación obsesiva por enigmática. Como dice Juan García Ponce en el prólogo que escribió para la trilogía, publicada por Editorial Alfaguara en el año de 1997, se trata de la “celebración” de la mujer. De este tema Moreno-Durán fue un fiel siervo y en dicha “suite” femenina se instaló hasta su muerte.

Los libros de ensayos de Moreno-Durán expresan, de otra parte, la lucidez de su pensamiento. Pienso que la generación de escritores del post-boom, de la que hacen parte Moreno-Durán, Germán Espinosa, Darío Ruíz Gómez, Oscar Collazos y en la cual me atrevo a incluirme, no sólo expresa fortaleza y originalidad narrativa, sino también pensamiento y postura intelectual **escrita**. Nuestra generación se propuso no sólo hacer ficción, sino también pensar el mundo que nos correspondió vivir y lo hemos consignado por escrito en nuestros ensayos. Igualmente, hemos tenido postura política crítica. A diferencia de nuestra generación, compuesta de intelectuales integrales, los escritores que nos siguieron carecen de pensamiento ensayístico **escrito**. Son sólo narradores, algunos de ellos tentados por la farándula. Desde este punto de vista, la obra de Moreno-Durán, en su conjunto, es ejemplar como trabajo integral de orden narrativo y ensayístico intelectual fuerte. *De la barbarie a la imaginación* (1976), es un texto central, para mencionar sólo este libro, que constituye quizás el mayor logro de Moreno-Durán en su incursión en el género del ensayo.

Puesto que considero, de acuerdo con todo lo antes expuesto, que en *Femina suite* se concentra el núcleo fuerte de la concepción del mundo según Moreno-Durán, y puesto que estimo que el ojo de ese centro son los juegos del poder entre los géneros, me concentraré a partir de este momento en el análisis de la trilogía narrativa que es *Femina suite*. Empecemos:

El lenguaje simbólico articulado es propiedad única de los seres humanos. Con este “instrumento” prodigioso, en *Juego de damas*, primera novela de la trilogía *Femina suite*, Moreno-Durán invita al lector a asistir a una fiesta interminable, en la que deliciosas y libres mujeres asumidas en su autonomía, despliegan aquella estrategia según la cual “todo medio vale” cuando se trata de la consolidación del poder que con tanto sudor inguinal han arrebatado a los hombres. Fiesta interminable, donde sin tregua se conversa en lengua banal, espacio imaginario creado por el autor para el despliegue de una culta y divertida obra literaria que tiene el tono y el sabor de la provocación, a partir de la apariencia de una fuerte misoginia puesta en escena. Misoginia que no es tal sino todo lo contrario, como podremos ver más adelante. En el lenguaje hotelero, “suite” es un lugar reservado a los huéspedes especiales. En el lenguaje de Moreno-Durán, la trilogía es el lugar privilegiado donde se hospedan las mujeres que, de la mano de Maquiavelo, calculan los medios cuyo despliegue garantizará su ascenso al poder y, luego del ascenso, su consolidación.

Nos encontramos en la “*Suite Femenina*” de Moreno-Durán. Abramos sus puertas y entremos. Pero, antes, un poco de teoría necesaria.

Del lenguaje humano básico al lenguaje literario

El lenguaje literario es mucho más que el simple artificio por medio del cual los adultos arrastran a los niños que han nacido hacia la humanidad del habla básica. El lenguaje literario es el dispositivo de la imaginación en marcha, del estilo posible, del juego polisignificante, de la creación de mundos que no existen pero que al mismo tiempo existen en el imaginario de otro modo. Los animales no están en condiciones de darse este placer.

Ciertamente, no es lo mismo la emisión de feromonas por medio de las cuales una mariposa en celo envía una carta de amor a través del viento a su eventual Casanova de los charcos lustrosos, que los “globos” simbólicos enviados por María a Efraín a través de los pétalos con que ella poblaba de sugerencias apasionadas el agua del baño en el estanque, allá en el Paraíso. Estamos ante dos mundos inconmensurables. El lenguaje humano traza la frontera básica con el reino animal. Pero el lenguaje literario corre esa frontera kilómetros adentro, hacia una humanidad más compleja y elaborada. El lenguaje literario constituye, entonces, un “plus” enorme respecto del lenguaje básico, esencial. Implica imaginación de mundos que no existen, implica estilo. “La literatura –dice Nabókov– nació el día en que un chico llegó gritando el lobo, el lobo, sin que le persiguiera ningún lobo” (30).

Segundos pasos en la aproximación

Mediante este lenguaje literario, precisamente, lleno de brillos irónicos, invenciones, embaucamientos, traspasos permanentes de focos de emisión y ambigüedades, en *Toque de Diana* (1981), segunda novela de la trilogía *Femina suite*, Moreno-Durán nos presenta, reiterado aunque esta vez en otra dimensión, el complejo proceso de disputa de los poderes entre

los géneros. De este modo, mientras los poderes del Mayor Augusto Jota declinan y él se retira a morar en su lecho como un triste desertor de su profesión militar –la escogencia de un mayor del ejército como personaje doblegado no es, a mi juicio, puramente circunstancial en Moreno-Durán–, su esposa, Catalina Asensi, convertida en mujer pública y además infiel, asume con el vigor de un General de varios soles la dirección de la Boutique “Las Indias Galantes”.

De manera análoga, valiéndose de este instrumento tan especial que es el lenguaje elevado al grado literario en la ficción, encaminada al propósito de “fabricar verdad” (Robert 54), en *Finale capriccioso con Madonna* Enrique Moncaleano es llevado por Moreno-Durán a penetrar de entrada en “territorio enemigo”, frase de puro comienzo capaz de poner en marcha la novela y de imponerle a la misma la lógica de su posterior despliegue. Lenguaje literario con el que Irene Almonacid, esposa de Moncaleano, le da sin inmutarse el “chao” de la despedida para expulsarlo de su corazón y así poder unirse a otro corazón y pasar a realizarse en relación infiel. De tal manera que, no obstante, la misma Irene Almonacid termina entrando en tratos tan torcidos como insólitos con Myriam León Toledo, la nueva amante de Moncaleano. Y, todo, porque el lenguaje humano, y mucho más el literario, tiene la cualidad de producir equívocos que en ocasiones disparan, como flechas, fantasías y deseos atravesados. En efecto, Moreno-Durán, de puro malo, pone a flotar en los labios de Irene una aterradora ambigüedad, ya tarde en la noche y al final de una velada, cierta vez que de la manera más animada e inocente se encontraba reunido el trío, comiendo, al parecer, galletitas con té. Las galletitas y el té van por mi cuenta en este delicioso ejercicio de lectura. Pues bien, esto fue lo que dijo Irene: “Creo que es hora de irnos a la cama ya que mañana hay que madrugar” (543). La frase podría parecer de cajón. Pero ocurre que en vez de irse todos a dormir, como era de esperarse, sucedió que los tres se fueron literalmente a la cama, con todas las consecuencias imaginables, a disfrutar sexo en trío.

Del enigma del poder y del dominio de los pronombres: otro poco de teoría imprescindible.

Del lenguaje se conoce, en términos generales y en primera instancia, su función más evidente: hacer posible la comunicación entre los seres humanos, el disfrute de la literatura, el ingreso en los códigos de la ciencia y otras maravillas. Pero resulta que esto no es todo. Pues, ciertamente, existe otra función invisible del lenguaje absolutamente crucial. Me refiero a la capacidad que el lenguaje humano tiene de constituir al Yo psíquico de todos los seres humanos, a través del uso de los pronombres. Hablo del Yo de todos nosotros, construido en la trinidad del YO-TÚ-ÉL (Dufour *pássim*). Estos “Yo” de mujeres y de hombres, constituidos en el forcejeo de los géneros, entran en esplendor, precisamente, en la trilogía *Femina suite*. Propongo que en estas tres novelas de Moreno-Durán no es otro el tema principal narrativo. Veamos esto, pausadamente.

Sabemos que la primera expresión de todo niño al ser depositado en esta tierra es llorar. Bastante después vendrá la risa. El péndulo trágico, de algún modo, se pone en movimiento. Con el paso de los meses el niño deberá aprender a **nombrar** el mundo, interiorizando los **nombres** de las cosas. Las obras

literarias, que todo lo inventan como en un juego demasiado serio, no inventan sin embargo el nombre de todas las cosas, que ya ha sido asignado por la cultura de la lengua. De esta labor básica y hermosa de nombrar el mundo se encargan los sustantivos. Después, el niño aprenderá a nombrar algunas propiedades de las cosas que ya están en condiciones de designar. Los colores de los cuales se encuentran investidos los objetos, el tamaño y la forma con que se nos ofrecen a la contemplación. De esta tarea preciosa se habrán de encargar los adjetivos. Más tarde, el niño nombrará la acción humana. Esto se ha encomendado a los verbos. Pero todavía el niño no ha aprendido a utilizar los pronombres. Ignora por completo el misterio de la trinidad de los pronombres. Al nacer, el niño carece por completo de Yo, no tiene todavía tampoco la menor idea de quién es Tú. No le interesa saberlo, no lo necesita aún. Pero una vez que tenga Yo, gracias al Tú y al ÉL, y sepa entonces quién es él, empezará apenas para él la ansiedad de su afirmación obsesiva frente al Tú y al ÉL que lo han constituido, para de este modo intentar apoderarse de la otredad que, sin embargo, le sirve de espejo y de soporte configurativo en doble vía. Queda entonces instalado el Yo en el terreno de la ansiedad, el desasosiego, la angustia que derivan de la evanescencia del Yo, de su permanente evaporación, debido a que jamás depende de él mismo. Este apoderamiento, esta reducción de la otredad masculina por parte de las Meninas devenidas en Mandarinas y que culminan en Matriarcas es, precisamente, el trasfondo fuerte de *Femina Suite*. El lector me disculpará el poco de “teoría” que precede, que en este caso juzgo imprescindible, en la medida en que nos lleva al núcleo duro de la trilogía de Moreno-Durán.

El uso y dominio de los pronombres por parte de la cría humana es, como bien se sabe, bastante tardío. Se requiere una larga inversión de tiempo y dedicación para que los seres humanos quedemos instalados por fin en el reino de los pronombres, que es el territorio esencial del poder, de la identidad del Yo y de las consecuentes rivalidades y tensiones propias de la condición humana. Habrá entonces envidias y venganzas. Una vez que el ser humano ha quedado instalado en el uso de los pronombres, empieza a imponer quién es él y se arma el conflicto y las tensiones con el Otro que no es él. La pulsión agresiva, propia de todos los animales, en el ser humano cambia de sentido y queda prisionera, principalmente, de la necesidad de afirmación del Yo, que no puede sobreponerse a la tentación de colonizar al Otro. Asunto que deriva en rivalidad, hostilidad, violencia o crueldad. Ahora bien, en este contexto cada una de las mujeres “pensatrices” que recorren la trilogía de Moreno-Durán, lo que se proponen en su proceso de transformación de Meninas en Mandarinas, es precisamente afirmar su Yo sobre el Yo de los pobres hombres a los que desmantelan de sus poderes.

Y en el fondo de este paisaje desolador el amor, que también, como delicada colonización del Yo ajeno, recurre a la seducción para ocupar sus territorios. Porque aquello que se entrega en la entrega amorosa, no es en realidad el cuerpo sino el Yo. Todo el sistema narrativo de *Femina suite* tiene por objeto la resignación-resistencia de los hombres cornudos que transitan cabizbajos por sus páginas, presenciando desde un cierto cinismo resignado el éxito a todo costo de sus mujeres que los utilizan como trampolines. En la obra de Moreno-Durán, las mujeres no entregan a sus hombres su Yo, sino apenas su cuerpo que usan como medio para su afirmación.

Las Mandarinas, en la obra de Moreno-Durán, son entonces aquellas mujeres que en su carrera rumbo al éxito social y cultural, terminan reduciendo a sus hombres a la simple condición de objetos de apoyo y legitimación. Es decir, objetos desmantelados de sus poderes delante de los cuales la Mandarina de turno puede decir Yo existo, a plenitud, por "pensatriz".

¿Poner en evidencia estas lógicas constituye acaso misoginia?

El anterior es el trasfondo psicológico de la "teoría de la coñocracia" y del Gran Principio expuestos por Moreno-Durán, según los cuales "[...] en un específico medio cultural la mujer empieza a abrirse camino con la cabeza, pero termina graduándose repartiendo culo" (68).

En *Femina suite* los hombres, desvalijados de sus poderes, son la escalera por la que las Mandarinas ascienden en su carrera a la gloria. De tal manera que detrás de toda gran mujer, en Moreno-Durán, hay un pobre hombre desmantelado de sus insignias y encima bastante resignado y anónimo, que ha sido empujado al cuasilugar de los trastos viejos que, sin embargo, jamás se arrojan del todo a la basura porque entre otras cosas se quieren y requieren, en cuanto forman parte de la historia de estas "exitosas" mujeres cuyo Yo se afirma sobre ellos en su frenética carrera al "logro".

El Yo-Tú en el altar del deseo

El Otro tiene para ofrecer en lo sexual, precisamente, lo que el Yo no tiene y por lo tanto desea locamente. Y, viceversa. Esto que uno no tiene pero el Otro sí, se levanta como loco objeto del deseo. Casi siempre es el cuerpo ajeno en su conjunto, que se fantasea, a veces sólo sus partes. Pero igualmente el objeto del deseo es el enigma que el Otro representa y que es preciso penetrar, sus signos descifrar, incorporar, colonizar, poseer, incluso anular. Es decir, se trata de reducir al Otro en su conjunto a uno mismo. El Tú del deseo humano es un tú extraño, complejo, ambiguo, enigmático, que jamás se reduce sólo a su cuerpo. A veces ese Otro se entrega, palabra misteriosa, pero lo hace una vez que ha sido desplegada una compleja estrategia de "digna" resistencia. El Yo de nadie se entrega fácil a la reducción por seducción, que al final ocurre. Pero la entrega es la máxima señal del amor. **Porque no es el cuerpo el que en realidad se entrega sino el Yo.** Sin embargo, cuando el Yo se ha entregado, ocurre que por virtud de ese mismo movimiento de su entrega, en el acto se apodera del Tú que ha intentado "tragárselo", que ha procurado reducirlo. Es rara esta maravilla antropofágica mutua. Estas metáforas antropofágicas jamás fueron inocentes, gratuitas.

Si Yo tengo lo que el Otro no tiene y cuyo goce él o ella implora, dispongo entonces de un poder que hace hincar de rodillas al carente, si dicho motivo de poder es bien usado. "[...] ofrezcamos nuestro sexo a los hombres, y que sea lo que el Señor quiera", dice Constanza Gallegos a sus amigas (191). El poder que emana de este ofrecimiento sin enfado es aplastante y desvalija a los pobres hombres de sus orgullos, presunciones y aleteos. En el acto los infelices caen vencidos y sueltan la baba sobre pisos, alfombras, sábanas, mesas de comedor, empedrados y senderos. Nada de esto es grato admitirlo, porque las debilidades no se confiesan ante el "enemigo", sino que suelen racionalizarse en

la dirección de "las uvas están verdes". No obstante, es preciso reconocer la importancia de la "carencia esencial" en el fondo del deseo sexual humano, carencia en todo momento convertida por el Otro en herramienta de poder. El encuentro pues, entre el hombre y la mujer, es el encuentro entre dos tenencias y dos carencias.

Las Meninas de Moreno-Durán, que son chicas muy especiales y visionarias de su propio futuro, sospechan de la contundencia de este poder y se preparan para muy pronto ejercerlo como aplanadoras. Las Mandarinas en flor ya conocen muy bien la eficacia de este poder y lo utilizan a conciencia para su promoción social y cultural. Las Matriarcas se acomodan en su madurez, como sobre una poltrona muy sólida, para recordar desde allí la manera como alguna vez desplegaron sus aleteos sobrecogedores, capaces de ponerlas en el lugar de privilegio donde ahora se encuentran, por poco ya viejas, instaladas en la *Suite* cuyas lógicas han aprendido a dominar a la perfección. Mientras tanto, otras Meninas de relevo en el orden generacional entrarán de nuevo en la conciencia de este poder y se prepararán para trepar por la pierna arriba de los hombres que seducen, que utilizan y sobre cuyas debilidades cruzan la pierna para beber muy animadas, fumar tabaco y charlar. La fiesta interminable es el espacio propicio para esta puesta en escena.

Las mujeres a las cuales se refiere Moreno-Durán en su obra no son las obreras, dignas y trabajadoras. Tampoco las "abnegadas" amas de casa ni las intelectuales auténticas. Jamás habla de las mujeres que habitan el campo. Mucho menos se refiere a las mujeres que con absoluta seriedad y honradez asumen su trabajo intelectual y académico en los escenarios de la docencia y la investigación. Las mujeres de las que se ocupa Moreno-Durán en su trilogía *Femina suite* no son en absoluto todas las mujeres, sino sólo aquel tipo de plantas trepadoras que desde Meninas se proponen llegar a Mandarinas y que al final de sus vidas, atrapadas por la obsesión del poder, terminan de Matriarcas. Veamos:

[...] Stellita, viuda o no, casada o soltera es el mismo demonio, ¿conoces tú a alguien más culicaliente? Esa no se pone con rodeos, idem Paulette, pues Lucrecia Borgia a su lado no es más que una beata infeliz, o si no vean la **gran lucha por el poder que** en estos momentos desarrollan las dos ahí afuera. Pobre Rodrigo, y *que conste que cada cual va a lo suyo, por el bocadito, sin importarles ni Ramoncito ni David. Ni pensar en ellas, mujer, sigamos.* Según eso debemos eliminar igualmente a Aída..., propuso salomónica Constanza. Ella es el **dolor de cabeza de las combatientes, pues el** Gran Simpático es suyo, como todos saben, aunque no obsta para que Alfonso siga marcando tarjetica en casa. (192. Las negrillas son mías)

Las "pensatrices" de *Juego de damas* no son jamás, entonces, las intelectuales auténticas. Las "pensatrices", definidas de este modo con demoledora ironía, son las simuladoras de la cultura que hacen carrera social y política y trepan en medio del simulacro. Los hombres alrededor de ellas no lo son menos. Son también simuladores y forman parte del simulacro de todos por igual, tan común en esos medios. Es en semejante entrevero de simuladores que ocurre la "fiesta eterna", cargada de miraditas,

cálculo y premeditación, utilizaciones y risitas, tabaco y copas; es allí donde se impone el reino de la banalidad. Citemos:

“Has acertado, Toilette Lambert, se las dio de gracioso el Gran Simpático: filosofía de tocador, cultura de inodoro” (205). Es que durante la fiesta eterna, las Mandarinas no pueden dejar de ir a “filosofar” al cuarto de baño, donde se dedican a pulir y a sacar punta a la estrategia.

El Gran Simpático y Rodolfo Monsalve son por completo unas cacas. Se la pasan “teorizando” sobre la mujer de una manera tal que conduzca a su degradación. Esta es la venganza de los impotentes. Las mujeres con las cuales tratan los hombres de la trilogía de Moreno-Durán son huidizas, calculadoras, utilizantes, evanescentes, jabonosas. Ellas poseen a rodos lo que esos pobres hombres carecen. Esas mujeres tan listas y dispuestas a todo tienen a sus hombres vencidos, colonizados, por completo en la palma de sus manos, comiendo maíz trillado. A ellos sólo les queda el cinismo como horizonte, el “no me importa” y la “teorización” de su desgracia. Han perdido el poder absoluto de que hacían ostentación. De este modo, necesitan instalar en su mente un sistema de representaciones cáustico respecto de sus mujeres espléndidas. Dicho sistema de representaciones condensa en la “teoría” de Rodolfo Monsalve que, como ya se sabe, denomina “coñocracia” (67). “Teoría” que la carroña de Rodolfo Monsalve desarrolla a partir de la página 67 de la edición de *Femina suite* que tengo en mis manos.

¿Rodolfo Monsalve o Moreno-Durán? Por supuesto que sí, ambos, pero al mismo tiempo por supuesto que no.

Los personajes de las obras literarias no son ellos mismos el autor. No son su voz, porque todos ellos tienen voz propia. Tanto más en estas tres novelas de Moreno-Durán, en las que la voz del narrador se torna absolutamente plural, huidiza, inubicable. Pluralidad simultánea y aplastante del foco narrativo, flotante, según el cual en cada renglón que avanza habla un personaje diferente, por turnos, en constantes re-envíos. La técnica narrativa de Moreno-Durán es clara. Todos los personajes en *Juego de damas* hablan **a la vez**. Y tiene que ser así, por cuanto todos ellos han sido invitados a hacer parte de la misma fiesta eterna, donde parlotean como cotorras, se prestan la palabra el uno al otro y no hacen más que soltar banalidades, mientras de reojo calculan el modo de usar a los demás y trazan las estrategias del acceso al poder, las mujeres, en tanto los hombres resisten cínicos, resignados. Siendo así, como lo es, resulta absolutamente equivocado atribuir a Moreno-Durán una misoginia que jamás le conocí y de la que jamás hizo ostentación, a pesar de su humor cáustico, de su refinada ironía.

Pero, hay algo más:

La “teoría” de la “coñocracia” jamás fue expuesta por Rodolfo Monsalve como una teoría general de la mujer. Veamos:

Se trata de un *Manual de la Mujer Pública*. Esto dice Monsalve cuando intenta el despliegue de su punto de vista. “El Gran Principio –dice Monsalve en la página siguiente–, es tan lacónico y sabio como sencillo. **En un específico medio cultural la mujer empieza a abrirse camino con la cabeza, pero termina graduándose repartiendo culo.**” (67) (las negrillas son mías).

En un específico medio cultural, puntualiza Monsalve. El Gran Principio que preside la “teoría” de la “coñocracia”, por lo tanto, sólo aplica para ese “específico medio cultural” del que se va a ocupar la trilogía de Moreno-Durán, mediante un seguimiento espléndido a la parábola que suelen trazar en la vida ciertas Meninas que aspiran a Mandarinas y terminan de Matriarcas, en cuanto han tenido suerte. Veamos lo que, al respecto, responde Constanza Gallegos, cuando Stella le pregunta qué es exactamente lo que su amiga denomina “carrera”. La respuesta es esta: “Imagínate que por esa época, al salir de la Universidad, me creía con fuerzas para llegar a no sé dónde. He llegado lejos, sin duda, pero cada día me pregunto qué es lo que he obtenido, qué he ganado, qué me queda aún por hacer... y me da risa”. Luego, al escuchar a Constanza, Stella agrega: “No es cualquier bicoca para nadie llegar a tu edad a la posición a la que llegaste, hermana”. Finalmente, ante sus propias dudas e inquietudes, Constanza concluye: “Creo, Stella, que mi mayor defecto ha sido llegar demasiado pronto a todas partes” (195).

Ofrecer el sexo a los hombres no es garantía segura del ascenso social y político de una mujer en este medio “específico” cultural en el que aplica el **Gran principio** según el cual, lo reitero, la mujer empieza a abrirse camino con la cabeza, pero termina graduándose repartiendo culo, según Rodolfo Monsalve. Pero, aunque la táctica de ofrecer el sexo a los hombres no es infalible, de todos modos es ineludible si se quiere trepar. Y lo es, porque en ese “específico medio cultural”, y yo agregaría que político, los hombres son los escalones sobre los cuales estas muy prácticas y calculadoras mujeres ascienden como cohetes.

De ahí que la “teoría” de Rodolfo Monsalve sobre la “coñocracia”, no sea más que un conjunto de lágrimas que brotan de la herida narcisista masculina. En este específico medio cultural y social del que Moreno-Durán se ocupa en su trilogía, los hombres ven de pronto invadido de voces y estrategias femeninas su antiguo territorio de dominio masculino, en otros tiempos tan único como hegemónico. Y se reconocen desplazados. Esas mujeres que al dejarse seducir –inocentes, los hombres lo creen así–, se instalan en este nuevo mundo hasta apoderarse de él, se tornan huidizas y a la vez implacables en el juego en el que ellos mismos caen y al que tienen que jugar sean cuales sean las consecuencias. Por esta razón, en el desarrollo del **Gran principio**, llega a decirse: “Los primeros maridos de las candidatas deben ser si no brutos bastante opacos, pues de lo contrario la carrera de sus señoras se jode” (73). “No hay Mandarinato sin marido, no hay carrera, no hay nada, en fin, si falta este práctico utensilio del hogar” (71).

La “teoría de la coñocracia”, juzgo, es mucho más cruel con los hombres que con las mujeres que pueblan este “específico medio” en el que transcurre *Femina suite*. Los maridos han quedado reducidos a simples medios útiles, a utensilios domésticos en poder de las “pensatrices” calculadoras. Dice Constanza Gallegos a su amiga:

A las dos semanas de desaparecido Monsalve vine y me casé con Joao Aldemar. Créeme que no me pareció nada raro lo que hacía y que jamás me molestó en absoluto. Hasta fuimos felices [...]. Ni siquiera yo podía compararme con él, fíjate que había una gran diferencia entre los dos, es decir, entre nuestras vidas, nuestras actividades y nuestras metas. Él era emotivo hasta la locura, en tanto

que yo siempre le parecí a todo el mundo calculadora y reflexiva. Yo era el método, Monsalve la anarquía. (196) Calculadora y reflexiva: estupendo método. ¡Ah, Constancita, no seas tan cruel!

No comparto la idea de que la “coñocracia” de la que habla Moreno-Durán en *Femina suite*, sea la versión en grotesco de la ginecocracia o gobierno de las mujeres, tal como lo propone Juan García Ponce en su prólogo a la edición de Alfaguara. Tampoco se trata del matriarcado ancestral, propio de algunas sociedades humanas en el pasado, basadas en los mitos de la fecundidad o cosa parecida. La “coñocracia”, en Moreno-Durán, es la “teoría” que explica el **método** que han debido cumplir y de hecho cumplen ciertas mujeres **contemporáneas** en el específico mundo público de la cultura, método capaz de conducir las mediante el cálculo, el uso de los hombres como peldaño y el cinismo infiel, de Meninas a Mandarinas, para finalmente y con los años quedar instaladas en el lugar de las Matriarcas. Nada de la “coñocracia” en Moreno-Durán tiene que ver con la ginecocracia y mucho menos con el matriarcado, propio de algunas sociedades ancestrales.

Y, todo esto, en manos del humor y los juegos del lenguaje, que Moreno-Durán manejó a voluntad.

El enigma de las Erinias

Las veces que he tenido el placer de re-crearme con la lectura de *Femina suite*, me he preguntado cuál pudo ser el sentido que Moreno-Durán quiso introducir en *Juego de damas*, mediante el recurso culto de subdividir la estructura de la novela haciendo expresa y fuerte mención a los nombres de las tres Erinias de la mitología griega: Megera, Tisífone y Alecto. Hermanas entre sí, como bien se sabe. Se conoce de Megera que era “la de los celos”, “la celosa”, una de las tres diosas infernales por cuyo conducto se cumplía el castigo y la venganza divina, cuando ocurría en el reino de los seres humanos algún crimen contra el matrimonio y la promesa de fidelidad. De las tres Erinias, Megera era la más temible porque al mismo tiempo que inducía a los celos y la envidia, era también la encargada implacable del castigo y la venganza ordenadas por los dioses. Tisífone y Alecto, por su parte, eran bastante semejantes a su hermana Megera. Las tres fueron concebidas como demonios femeninos alados que se desplazaban con el cabello poblado de serpientes venenosas, armadas de puñales y látigos, con los cuales atacaban a sus víctimas. Se decía de ellas que se comportaban como “**perras**” capaces de seguir hasta el final el rastro de los culpables. Se dijo que tuvieron relación necesaria y directa con la maldición que cayó sobre Edipo Rey. ¿**Perras** implacables? ¿Exactamente **perras**? ¿Fue esto lo que Moreno-Durán se propuso significar, a partir del mito de las Erinias?

La literatura nos informa que se debe a Hesíodo la versión según la cual las tres Erinias nacieron de Gea, es decir la Tierra, cuando fue fecundada con la sangre y el esperma derramados por Urano, una vez fue castrado por Cronos, su padre.

He debido recurrir a este breve resumen para preguntarme, de nuevo, cuál pudo ser el propósito que tuvo Moreno-Durán para introducir estas tres diosas infernales del castigo y la venganza, de manera tan visible y fuerte, en la estructura formal de *Juego*

de damas. Cierta vez, caminando ambos en París por la orilla del Sena, desde el Arco del Triunfo hasta el Barrio Latino, en una primavera helada de un abril de hace algunos años, le pregunté a Rafael Humberto por este asunto. Me acababa él de obsequiar *Pandora*, que leí en una noche. El tema de ambas obras literarias era análogo, al fin y al cabo un asunto de mujeres en el que Moreno-Durán imaginaba ser experto en el colmo de su inocencia. Nos carcajeábamos a medida que avanzábamos. Recuerdo que, en el momento en que Moreno-Durán me pidió una opinión sobre *Pandora*, le respondí que Remedios la Bella no tenía el perfil suficiente, como acostumbra decirse, para haber ingresado con suficientes méritos en *Pandora*, hombro a hombro con las otras mujeres espléndidas del racimo por él elegido. Y le rematé de este modo: “me parece que has hecho una concesión innecesaria a Gabo”. Rafael Humberto se detuvo, a nuestra mano derecha la imponencia de las Tullerías, me miró fijamente y me dijo: “debo reconocer que has llevado a cabo una lectura lúcida”. Y nada más. Yo entendí el resto. Entonces volví con la pregunta de las tres Erinias en *Juego de damas*. En el acto me respondió con otra pregunta, al tiempo que me invitaba a una cerveza en un cafetín al lado del camino. La pregunta fue la siguiente: ¿Y tú, que crees? ¿Cuál es tu hipótesis? Lo que en aquel entonces le dije fue lo siguiente:

Pienso que el origen de las tres Erinias, según el relato mítico, es la clave de la interpretación. He sido informado de que ellas nacieron de la sangre y el esperma derramados por Urano, con ocasión de la castración sufrida por el infeliz, de manos directas de Cronos, su padre. Más allá del conjunto de esta historia de diversas implicaciones, lo concreto es que las diosas infernales brotaron de un procedimiento de castración, que es exactamente lo que las Mandarinas llevan a cabo con sus hombres, simbólicamente, mediante el recorte de sus poderes. ¿Qué es del destino de un pobre hombre, ya sin esperma y sin huevos?

Este recurso mítico, en tus manos, pienso, se convierte en la metáfora que explica el perfil de los hombres que circulan por la trilogía *Femina Suite*, simples peldaños de los que las Meninas se valen para escalar a la condición de Mandarinas pensatrices. Para lo cual deben poner ellas en práctica lo que tú denominas filosofía de tocador y cultura de inodoro, toda vez que en medio de la fiesta interminable, que es *Juego de damas*, los baños y los sanitarios se convierten en los espacios privados de sus cálculos de espléndidas trepadoras. Pues la paradoja, Erre-Hache, consiste en que ninguna Mandarina podrá llegar a serlo por sí misma, sin la presencia de un marido ad-látère que le sirva de pie de apoyo legitimador. Las Meninas devenidas en Mandarinas, por tanto, si bien podrían verse como “diosas infernales”, no lo son en el exacto sentido de Megera, Tisífone y Alecto, sino quizás apenas como aquellas mujeres específicas que procuran el poder **castrando el poder** de sus hombres, sin dejar de divertirse con su sangre y su esperma.

Delante de la cerveza que ya tenía puesta sobre la mesa, Rafael Humberto me dijo: “podría ser cierto, estás haciendo una re-lectura que juzgo igualmente lúcida”. Volvimos a reír y nos pusimos a hablar de otras cosas.

Finale: del lazo líquido entre hombres y mujeres en *Femina suite*

El lazo afectivo entre las mujeres y los hombres que habitan la “Suite Femenina” de Moreno-Durán, no puede ser más que un amor “líquido” (Bauman pássim). Dicho de otro modo, se trata de todo lo contrario de un vínculo sólido construido a partir de afectos duraderos, lealtades extendidas en el tiempo, fidelidades y promesas, compromisos mutuos, mundos idealizados y proyectos en común de larga duración. Ha entrado allí, en la “Suite”, en bancarrota aquella relación amorosa humana que en otros tiempos, no exactamente postmodernos, tenía el propósito fundamental de durar toda la vida, propósito que en la “Suite Femenina” de Moreno-Durán se encuentra afectado de extrema “liquidez”, por haber sido desmantelado de sus presupuestos de lealtad y haber quedado instalado en el cálculo de la simple conveniencia, donde el Otro se convierte en simple medio.

Se conoce, gracias a los estudios actuales encaminados a describir los rasgos característicos de la condición humana postmoderna, que la causa de esta “liquidez” del lazo entre hombres y mujeres en el mundo contemporáneo es múltiple, en términos generales. Pero, en el “específico medio cultural” del que se ocupa con tanto humor, estilo, ironía y detalle Moreno-Durán, la “liquidez” del vínculo amoroso se torna imprescindible como condición que hace posible la Trilogía novelada e incluso el resto de su obra

narrativa, a modo de fundamento de su misma concepción. Pues, en este mundo, en el que las Mandarinas usan a los hombres como peldaños, resultan castrados de sus poderes y orgullos hasta quedar convertidos en simples muebles, ningún vínculo amoroso podría ser “sólido”. Constanza Gallegos lo sabe: “Muchachas, ofrezcamos nuestro sexo a los hombres [...]” (193). Y esto es todo, en cuanto base del “método”. Pues, si el vínculo entre hombres y mujeres fuera “sólido”, de inmediato habría de convertirse en serio obstáculo para la “carrera” al poder y al éxito que las Mandarinas emprenden. Lo que abunda en *Femina suite* es sexo lato sin amor. Es decir, placer y cálculo femenino, uso del poder de seducción (Baudrillard pássim), desmantelamiento del compromiso, liviandad y levedad. Mientras las mujeres que pueblan *Juego de damas* flotan en el aire de una fiesta interminable que no tiene piso diferente de los juegos del lenguaje a través del cual se expresan el cálculo y la premeditación, en *Toque de Diana*, Catalina regenta la Boutique y le pone los cuernos posibles a su marido militar, el infeliz Mayor Augusto Jota, “castrado” de sus viejos poderes “castrenses”. Convertida ella en la Erinia al mando de “Las Indias Galantes”. Gea nutrida de la sangre y el esperma del pobre hombre degradado, desvalijado, desmantelado, sus charreteras en el piso.

Santiago de Cali,
Valle de las aguas sombrías, diciembre de 2010.

Nota

¹ Todas las referencias a la trilogía *Femina suite*, de R.H. Moreno-Durán, así como las citas y fragmentos, han sido tomadas de la edición de la Editorial Alfaguara, publicada en Santafé de Bogotá, 1997.

Obras citadas

Baudrillard, Jean. *La seducción*. Barcelona: Gedisa, 1972

Bauman, Zygmunt. *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.

Dufour, Dany-Robert. *Les Mystères de la trinité*. Paris: Gallimard, 1990. Traducción de Anthony Sampson, documento universitario.

Moreno-Durán, Rafael Humberto. *Pandora*. Santafé de Bogotá: Alfaguara, 2000.

---. *Femina suite. Trilogía*. Santafé de Bogotá: Editorial Alfaguara, 1997.

---. *Metropolitanas*. Barcelona: Montesinos, 1986.

---. *Toque de Diana*. Editorial Montesinos, 1981

---. *Juego de damas*. Barcelona: Seix Barral, 1977.

---. *De la barbarie a la imaginación*. Barcelona: Tusquets, 1976.

Nabókov, Vladímir. *Curso de literatura europea*. Barcelona: Bruguera, 1983.

Robert, Marthe. *Novela de los orígenes y orígenes de la novela*. Barcelona: Taurus, 1973.